

Las otras Europas

Carlos Taibo

Nada tiene de extraño que los conceptos que más a menudo utilizamos sean, también, los más evanescentes. Todos nos encontraríamos en un aprieto, por citar dos ejemplos, si nos viésemos obligados a precisar qué es lo que entendemos por «Europa» o en qué pensamos cuando hablamos de «Occidente». Y, sin embargo, parece fuera de discusión que, pese a su indefinición, conceptos como los que acabamos de invocar marcan poderosamente muchas de nuestras reflexiones y acaso las reconducen de manera indeseada.

Uno de esos conceptos, el de «Europa», hace tiempo que escapó de las manos de los geógrafos, a quienes hoy se les presta poca o ninguna atención cuando se entregan a la tarea, por lo demás muy respetable, de identificar divisorias de aguas en los Urales o en el Cáucaso. «Europa» ha pasado a convertirse en un coto privado de políticos, funcionarios y geoestrategas, que gustan de entender el concepto, y de malearlo, conforme a las exigencias de sus disciplinas o trabajos. Al amparo de la enorme pluralidad de lecturas que semejante libertad permite, a duras penas pueden sorprender las confusiones intencionadas, los inciertos adjetivos que se agregan o las huidas de los infiernos que algunas comunidades humanas han decidido protagonizar.

Entre las primeras, las confusiones intencionadas, la más sonora de nuestros días es, sin lugar a duda, la que da en identificar «Unión Europea» (UE) y «Europa». El carácter visiblemente dinámico de la primera —al menos en comparación con lo que queda fuera de ella— le ha puesto alas a un discurso reduccionista que muchos se aprestarán a negar pero que despunta por doquier. Cuando se habla, por ejemplo, de una «defensa europea», a nadie se le ocurre pensar que se está hablando de otra cosa que de lo que, hablando en propiedad, no es sino la «defensa de la Unión Europea». Cuando se habla, por poner otro ejemplo, de la «europeización» de Polonia, la República Checa o Hungría se obvia expresamente la condición europea —qué si no habrían de ser— de esos tres países en provecho de su homologación con la UE.

Más jugosa es, con todo, la cuestión de los adjetivos. Pocos son los que dominan los veri-

cuetos de una terminología que distingue —seamos generosos al respecto— entre «Europa del Este», «Europa oriental», «Europa central», «Europa central y oriental» o «Europa central-oriental». Y que conste que no hemos agotado, en modo alguno, las posibilidades. Los estudiosos que algún respeto tienen por la precisión están hoy obligados a dar cuenta, en los prólogos de los libros, de sus sesudas opciones terminológicas, que a menudo pasan por el rechazo de geopolíticas trasnochadas —la que condujo a la gestación de una equívoca «Europa del Este»—, por el designio de no aceptar quietamente las denominaciones que algunos grupos humanos reservan para sí —«Europa central»— o por la voluntad de no dejarse llevar en demasía por las subterráneas imposiciones de lenguas más pujantes que las nuestras. En estas discusiones se aprecian, de cualquier modo, visiones diferentes de una cuestión decisiva, la de hasta dónde llega Europa, que en los hechos, y al menos en el último decenio, sólo se ha planteado en relación con los polémicos límites orientales del continente.

No faltan, en fin, y como anunciábamos, las huidas de los infiernos. Varias son las comunidades humanas que parecen haber llegado a la conclusión de que, escapando imaginariamente hacia el centro del continente, y en su caso hacia el norte, estarán escapando también de la barbarie y de la miseria no europeas. Sabido es que son muchos los ciudadanos polacos, checos, eslovacos, húngaros, ucranianos, moldavos, rumanos o búlgaros que rechazan con acritud el calificativo de «europeos orientales» y blanden orgullosos su condición de «centro-europeos». En una modulación de lo anterior, no está de más recordar que en los Balcanes se asiste, desde bastante tiempo atrás, a un intento —el de las comunidades más septentrionales de una península también cargada de indefiniciones— de desprenderse de una historia aparentemente trágica que tantos tópicos ha generado. Ahí están, si no, para atestiguarlo, los eslovenos y los croatas de nuestros días, empeñados en reivindicar, también, su *pedigree* centroeuropeo y en abandonar a marchas forzadas, hacia el norte, unos Balcanes que ahora se les antojan ajenos.

No es casual, en modo alguno, que todos los ejemplos que han acudido en nuestro socorro los aporte una amplia zona geográfica que, en

lo que interesa a nuestro razonamiento, limita por oriente con la disputada frontera entre Europa y Asia. Y no es casual, en primer lugar, porque en esa incierta frontera, allí donde no hay mares y estrechos de por medio, se plantean algunos de los más hondos problemas de la «europeidad»; entre ellos se cuenta, cómo no, el de dónde acaba Europa, si en los Cárpatos, en los Urales o en las lejanas costas del océano Pacífico. Una segunda razón que explica la generosidad en la proliferación de ejemplos la aportan las disputas relativas a aquellas comunidades humanas que, a los ojos de tantos, han cedido parte de su «europeidad» en beneficio de una ambigua condición «euroasiática». Agreguemos, en fin, en tercer lugar y por si poco fuera, el legado de unos socialismos irreales también pendientes de caracterización y sometidos a una agria disputa entre quienes aprecian en ellos engendros «occidentales» y quienes prefieren rastrear, en su textura, las huellas de mitológicos modos asiáticos de producción.

I

Empecemos por lo último: aún permanece abierta una agria disputa sobre el sentido general de los procesos que se abrieron camino en octubre de 1917 en lo que un lustro más tarde pasó a llamarse Unión Soviética. La disputa que eslavófilos y occidentalistas mantienen en Rusia desde varios siglos atrás tuvo el año mencionado un nuevo y singular retoño. Aunque no faltan quienes, guiados por singulares sesgos ideológicos, han creído ver en la revolución de Octubre un nuevo engendro eslavófilo —dicho sea de paso, y por cuestionar otra imposición terminológica, ninguna razón de peso obliga a negar la condición europea de la eslavofilia—, lo común, y en este caso lo más razonable, es apreciar en aquélla un poderoso impulso occidentalizante.

En su designio de acabar de una vez por todas con la «anormalidad» rusa, lo que a la postre los bolcheviques impusieron sobre el terreno fue más bien una construcción importada de Occidente. De ella formaban parte tres mercancías occidentales: una visión del mundo —el marxismo—, una «técnica» política

—el jacobinismo— y una teoría del desarrollo de las fuerzas productivas caracterizada por la idealización del capitalismo —ahí está, si no, para confirmarlo, la admiración leniniana por el «capitalismo de Estado» alemán— y de sus prestaciones. Esas tres mercancías ideológicas surgieron en el meollo de Occidente y obligan a recelar de quienes, con inopinada alegría, han trazado una clara línea de separación entre un proyecto occidental, el capitalismo, y otro genuinamente «oriental», el comunismo. Este último es, muy al contrario, uno más de los productos de Occidente, algo que bien saben, por cierto, muchos pueblos del Tercer Mundo.

Nada de lo anterior impide que con el paso de los años, y acaso por efecto de la «anormalidad» rusa, lo que en origen era un proyecto occidentalizante se trocase en un designio de otra naturaleza. A ello pudieron coadyuvar también, no sin alguna paradoja, las propias potencias occidentales del momento, entregadas a una tarea de presión sobre el régimen naciente que a buen seguro tuvo poderosos efectos. Aun con todo, parece obligado recordar que buena parte de la construcción estaliniana posterior mantuvo sus vínculos con el proyecto occidentalizante primitivo, algo que tiene su reflejo en una dimensión significativa: la condición inequívocamente «moderna» que a los ojos de tantos —hechizados, por ejemplo, por el rápido crecimiento económico de los años treinta— tuvo, durante tanto tiempo, la Unión Soviética de Stalin. El resultado final del proceso no fue otro que el de un nuevo engendro en el que se daban cita, en una originalísima combinación, atavismos y modernizaciones, orientes y occidentes. Nos encontramos ante un universo que, como sucedía en el pasado, estaba a caballo de dos mundos.

II

Los cimientos de lo que hoy conocemos con el nombre de Unión Europea se pusieron —no debemos olvidarlo— en los mismos años en que adquirió todo su peso la confrontación entre los dos grandes bloques que vieron la luz al concluir la segunda guerra mundial. Difícilmente esta última condición podía dejar de hacer sentir sus efectos sobre el primero de los procesos.

La construcción europea nació marcada por una doble tensión: si por un lado existía una inequívoca conciencia de que algo faltaría siempre en su diseño en tanto en cuanto los países «del Este» no acabasen por sumarse a ella, por el otro esos mismos países eran objeto de miradas poco afables. En ellos se apreciaba una nueva barbarie que, repleta de males, no era sino un trasunto de singularidades entre las que se contaban la ausencia de genuinas experiencias democráticas, la liviandad de los procesos de industrialización o la primacía de nacionalismos de base obscuramente étnica. Las cosas así, la incorporación de los países «del Este» sólo podía concebirse en términos de absorción, y nunca en virtud de una mutua comunicación e influencia.

Es verdad, con todo, que la barbarie en cuestión reclamaba de un matiz: los pequeños países de la Europa central que habían quedado enmarcados, probablemente contra su voluntad, en el bloque soviético de alianzas podían exhibir un registro histórico más halagüeño en el que no faltaban, aunque en dosis pequeñas, muchos de los parabienes presuntamente característicos de unas sociedades occidentales a menudo idealizadas. En un discurso en el que se borraban las huellas de lo ocurrido durante la segunda guerra mundial, y entre ellas las que podían venir a justificar algunos de los comportamientos de la URSS, esas sociedades centroeuropeas se presentaban como las víctimas de un suplicio que las había separado de su tronco original en beneficio de la miseria estaliniana. Y el efecto de esta última sobre ellas poco tenía ya de ambigüedad modernizante; con su visible condición arcaica, las sucesivas intervenciones militares dirigidas o instigadas por la URSS no dejaban espacio para la duda.

La tensión entre los bloques era tal, por lo demás, que en las reflexiones que vieron la luz en Occidente cuando Jrushchov acometió su caótico experimento liberalizador no había ya lugar, tampoco, para interpretaciones que subrayasen la presencia, en aquél, de presuntas pulsiones occidentalizantes. En virtud de las necesidades de la confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, la percepción de esta última —y de su bloque— como algo cada vez más alejado del tronco occidental se impuso en un momento en el que la barbarie propia de la era estaliniana entraba, sin embargo, en

una etapa de reflujó. Semejante visión de los hechos preservó su influencia, bien que con moderados altibajos, hasta que sobre el terreno se hicieron sentir los primeros signos de las reformas gorbachovianas, en la segunda mitad del decenio de 1980.

III

Demos por bueno que el primer intento de occidentalización registrado en el oriente europeo en el transcurso del siglo XX fue el que se produjo, en virtud de la revolución de octubre de 1917, en Rusia. El segundo se ha hecho valer, a finales del decenio de 1980 y principios del siguiente, en el conjunto de lo que era el bloque soviético de alianzas (y también, con dimensiones más discutidas, en Yugoslavia y Albania). A duras penas puede separarse el impulso de esta segunda occidentalización de la crisis sin fondo que, desde tiempo atrás, acosaba a los sistemas de tipo soviético. Esa crisis se manifestaba de muy diversos modos. Se hacía valer, por ejemplo, en la forma de una reducción del ritmo de crecimiento, con incapacidad paralela de satisfacer las demandas que llegaban de una industria tecnológicamente atrasada, de una agricultura de bajos rendimientos, de un sector militar que reclamaba la parte del león de recursos escasos o de una población con niveles de consumo muy precarios. Se ponía de relieve, también, a través de una notoria inadaptación a las exigencias de sociedades que, en virtud de la extensión de los procesos de industrialización, urbanización y educación, exhibía un carácter cada vez más complejo. Se revelaba, en suma, en un régimen político anquilosado y burocratizado, que había perdido el control, y lo que es más importante, el conocimiento, sobre muchos procesos vitales.

Ante tantas calamidades, las «revoluciones» que los anales empiezan a identificar con el año 1989 no aportaron ninguna nueva cosmovisión ideológica: se limitaron a reclamar la introducción, o en su caso la recuperación, de un conjunto de instituciones, de reglas y de valores que, con razón o sin ella, se consideraban propios del «mundo occidental». Lo que algunos han llamado, con evidente equivocidad, «euro-

peización» se abría camino, con mayor o menor energía, en espacios tan distintos como los aportados por Polonia, Bulgaria, las repúblicas del Báltico o la propia Federación Rusa.

Aun cuando parece innegable que, pese a todos los problemas, la segunda occidentalización sigue su curso, también lo es que ha ido menguando el optimismo que en tantos lugares se imponía en 1989. En la mayor parte de los países que han recuperado su independencia o han accedido a ella se hacen sentir, siquiera provisionalmente, los efectos de instituciones poco consolidadas, de sociedades civiles muy débiles, de formas de capitalismo no caracterizadas precisamente por su moralidad y de grupos de presión poderosísimos que se mueven en la trastienda. Como es bien sabido, no han faltado tampoco los escenarios en los que han cobrado cuerpo sangrientos conflictos bélicos, las más de las veces vinculados con la manifestación de tensiones nacionales.

La mayoría de los especialistas señalan, de cualquier modo, que pocas son las dudas con respecto al hecho de que un puñado de países —Polonia, la República Checa y Hungría encabezan las apuestas— conseguirán llegar a un puerto relativamente tranquilo una vez realizada la travesía de la «segunda occidentalización». Si los baremos del bienestar los fijan los estados de la Europa comunitaria, no hay demasiados motivos para el optimismo, sin embargo, en lo que atañe al grueso del espacio geográfico que otrora conformaba el bloque soviético de alianzas. Y al respecto será suficiente con mencionar tres datos. El primero nos recuerda que las relaciones actuales son casi siempre menos predictibles que las de antaño: el sueño gorbachoviano de unas relaciones estables y previsibles no ha adquirido carta de naturaleza, algo que testimonian de manera sobrada las numerosas incógnitas que rodean el comportamiento futuro del presidente ruso, Yeltsin. El segundo subraya la inequívoca importancia de «lo viejo»: hemos entrado demasiado pronto un sinfín de fórmulas que reaparecen por doquier, a través unas veces de procesos de reconversión de las élites que se antojan llenos de dobleces, y con el concurso en otras de renacidas lógicas imperiales en las que muchos de los viejos sistemas se ven literalmente renacidos (cuando hablamos de lo viejo no sólo estamos pensando, entiéndase bien, en el legado de la etapa sovié-

tica). El tercer y último dato lo aportan, en suma, unas opiniones públicas cada vez más despegadas con respecto a muchos de los rasgos de un Occidente en exceso idealizado en los años anteriores: son muchos los ciudadanos de los países que nos ocupan que se sienten decepcionados con unas políticas, las occidentales, más bien mezquinas, como son muchos los que, acaso, han empezado a concluir que nuestros sistemas, en política como en economía, no son los paraísos que antaño creían percibir. En uno y otro caso, las consecuencias para el futuro son cualquier cosa menos fáciles de identificar.

IV

Una de las dimensiones que se hacen valer en el núcleo de la «segunda occidentalización» la aporta un proceso, todavía incierto, de ampliación de la UE hacia el Este. Hasta donde podemos iluminarlo, ese proceso no se caracteriza por el reconocimiento de eventuales derechos innatos en los candidatos, sino, antes bien, por una libre decisión que están llamados a adoptar los miembros de la UE; este dato, por sí solo, obliga a reafirmar la condición de proyecto parcial, y la vocación no necesariamente universal –siquiera en el ámbito «europeo»– de la UE realmente existente.

También en este terreno el optimismo desmesurado de un lustro atrás ha dejado expedito el camino a opiniones más cautelosas, que entre otras cosas se apoyan en lo que a todas luces parece el postergamiento de un proceso que tantos creyeron iba a ser muy rápido. A la hora de buscar explicaciones para semejante postergamiento no hay que ir muy lejos: enfrascada en planes de convergencia y uniones monetarias, cuando no dividida con respecto a cuestiones cruciales, la UE bastante tiene con resolver sus propios problemas y no está ahora en la mejor condición para encarar los muchos que, sin duda, llegarían de la mano de unas cuantas nuevas adhesiones. No puede olvidarse que incluso los candidatos presuntamente mejor colocados –los ya varias veces citados: Polonia, Hungría y, con alguna distancia, la República Checa– acarrean graves problemas económicos que unas veces remiten a

la caducidad de sus infraestructuras industriales y otras a la herencia, en todos los órdenes, de la planificación burocrática de antaño: nada asimilable, en otras palabras, a anteriores procesos de integración en la UE que, aunque conflictivos, exhibían una complejidad sensiblemente menor.

Tampoco está de más agregar, por otra parte, una circunstancia que con mucha frecuencia se esquivo. Los nuevos adherentes no sólo habrán de pasar por un proceso semejante al que hubieron de seguir en su momento Grecia, Portugal, España o Austria: lo previsto, y aquí las dificultades –por razones fáciles de comprender– se multiplican, es que pujen también por satisfacer los criterios establecidos en los programas de convergencia. Las cosas así, hay razones sobradas para un pesimismo que unas veces anuncia nuevos postergamientos en las adhesiones, otras identifica procesos de incorporación meramente formales y en algunos casos augura una nueva desnaturalización de la construcción «europea» derivada de la institucionalización de un sinfín de velocidades, con los nuevos socios procedentes de oriente en los escalones inferiores de una verticalísima jerarquía. Hay quien, con tonos aún más tetricos, sugiere que las nuevas incorporaciones de estados a la UE –tempranas o tardías– bien pueden acrecentar la miseria de quienes se vean obligados a seguir llamando, estérilmente, a la puerta de aquélla.

Con este panorama no puede sorprender que en el reciente debate –seamos generosos en la utilización de la palabra– sobre la ampliación de la OTAN hayan terciado opiniones que han sugerido una interesante explicación: entre los propósitos de una ampliación de la Alianza Atlántica que tantos consideran precipitada se contaría el de acallar, con una golosina, las protestas de un puñado de países que observan cómo sus candidaturas a la UE han sido objeto de un imprevisto, y no en exceso razonable, aplazamiento.

V

Bien es verdad que en lo que respecta a la cuestión que acabamos de invocar, la de la ampliación de la OTAN, y junto a una retórica oficial cargada de buenas palabras, son numerosos los análisis que

identifican otras motivaciones. Quienes no tienen la obligación de acogerse a la retórica recuerdan bien a las claras que el propósito de la ampliación de la Alianza no es otro que el propio fortalecimiento, algo singularmente hacedero en un escenario marcado por la debilidad de Rusia y por la conveniencia –aducen– de prepararse para tiempos peores que, claro, pueden llegar.

También es cierto, sin embargo, que dentro de la propia OTAN se han escuchado voces que han llamado la atención sobre una perspectiva que no podemos dejar en el olvido: la de que una ampliación que, conforme a estos análisis, no responde a la necesidad imperiosa de resolver ningún problema preciso contribuya a desnaturalizar una Alianza que fue concebida y desarrollada para otros menesteres. Esa ampliación, por añadidura, se vería poderosamente marcada por una circunstancia: los países candidatos no parecen creer en demasía ni en la OTAN ni en la seguridad occidental, y se limitan a mover sus peones dando satisfacción a un conjunto de reglas de muy saludable cumplimiento que, establecidas por nuestros países, abren el camino –y esto ya es otra cosa– que conduce a la UE. Detrás de las posiciones que nos ocupan –o al menos detrás de sus versiones más ultramontanas– es sencillo apreciar el eco de quienes, en su añoranza de tiempos pasados, parecen impregnados por una idea: la de que la división trazada por la confrontación entre bloques no tenía un carácter históricamente coyuntural sino que, antes bien, respondía a atávicas e insoslayables inercias. A los ojos de estos círculos de opinión, ni siquiera la «Europa central» martirizada por la URSS se hace acreedora de una recepción calurosa en el marco de la principal de las instancias de seguridad del mundo occidental.

Claro que, como tantas veces sucede, las posiciones de los unos y de los otros –las de los partidarios acérrimos de la ampliación de la OTAN como las de los atlantistas temerosos de eventuales desnaturalizaciones– pueden conducir a un mismo y trágico escenario, machaconamente anunciado por la propaganda rusa del momento: el de una nueva línea de confrontación que divida a Europa y que otorgue argumentos poderosos a quienes, en Moscú, sueñan con renacimientos imperiales y esferas de influencia. También aquí, por lo que parece, la pervivencia de lo viejo es uno de los riesgos que, con urgencia, hay que sortear.

VI

En relación con el mundo europeo oriental, en los últimos años hemos asistido a un fenómeno inédito en lo que se refiere al uso de los nombres «geográficos»: cuando se habla de «transiciones en el Este», lo común es que por tales se entiendan, poco menos que en exclusiva, aquellas que se desarrollan en tres o cuatro países entre los que se cuentan, una vez más, Polonia, la República Checa y Hungría. Como quiera que los procesos de cambio en esos estados discurren con alguna placidez o, en su defecto, permiten albergar razonables esperanzas, el *wishful thinking* omnipresente entre nosotros ha dado en sobreentender que lo acontecido en ellos es un buen compendio de un proceso más general. Los hechos, por desgracia, no confirman semejante pretensión sino que, muy al contrario, obligan a recelar, al menos en términos globales, de las «transiciones» que se hacen valer en casi una treintena de estados inmersos en nuestro campo de atención.

Un correlato de lo anterior es la determinación –las más de las veces no en exceso clara– de diferentes espacios en los que, conforme a la vulgata al uso, se harían valer condiciones muy dispares. Polonia, la República Checa y Hungría configurarían un escenario de paradisíaca placidez al que, según una mecánica visión de los hechos y en virtud de los éxitos electorales de los «demócratas», están llamados a sumarse Rumania y Bulgaria. Aunque receptoras de saludables impulsos de atracción procedentes del mundo escandinavo, las repúblicas del Báltico, en un segundo escalón, serían todavía víctimas de sus numerosos contenciosos con una Federación Rusa a la que es conveniente no molestar en demasía. El tercer estadio correspondería a países como Ucrania o Moldavia, de incierta autoubicación en el panorama internacional, pero emisores de signos esperanzadores. Un cuarto escalón lo rellenarían, con diferentes papeles, los estados derivados de la vieja Yugoslavia, todavía atezados por los espasmos de la guerra. En un quinto estadio aparecerían Rusia, Bielorrusia y acaso Eslovaquia, países para los que se reserva el empleo –mitad legitimador, mitad crítico– de curiosas malformaciones intelectuales, como la que les atribuye la condición de

«democracias autoritarias». Más allá de estos cinco escalones sólo quedan los desastres de Albania, el Cáucaso y el Asia central, espacios todos que, conforme a un criterio muy extendido, tienen poco o nada de europeos.

Aunque no puede negarse que hay motivos para determinar cada uno de esos escalones, y que existe en paralelo la urgencia de «clasificar para conocer mejor», es difícil cerrar los ojos ante algunas de las servidumbres ideológicas de los criterios presuntamente empleados. Por lo pronto, parece lícito preguntarse si son tan abrumadoras las diferencias que existen entre unos y otros escalones, o, lo que es casi lo mismo, si no hay elementos comunes a todos ellos. Es obligado recelar, por otra parte, de procedimientos que lo más probable es que exageren las virtudes de los aventajados —y no aprecien problema alguno de relieve en sus transiciones— y rebajen, en cambio, los méritos de los postergados. No puede dejar de apreciarse, en fin, un subterráneo intento de justificación de políticas, como el avalado por los Estados Unidos a la hora de explicar por qué sólo los tres miembros indisputables del primer escalón han sido invitados a sumarse a la OTAN. El hecho de que ningún dato sólido —por citar el ejemplo más claro, que no el único— coloque a las transiciones polaca, checa y húngara por delante de la eslovena nos obliga, sin ir más lejos, a analizar con acerada intención crítica cualquiera de los intentos contemporáneos encaminados a delimitar espacios en las «otras Europas».

VII

Valgan estas últimas líneas para llamar la atención, una vez más, sobre el carácter más bien nebuloso de la mayoría de los conceptos que empleamos a la hora de describir los avatares contemporáneos de nuestro continente. A estas alturas, el núcleo de la oferta ideológica que en los últimos años se ha impuesto en el oriente europeo es cualquier cosa menos claro: cada cual entiende a su manera qué es lo que significan la «democracia» y el «mercado», de tal suerte que si entre los adalides de la primera se hallan algunos aprendices de déspotas —el presidente ruso Yeltsin bien puede ser uno de ellos—,

entre los defensores del segundo se cuentan auténticos maestros en la presión subterránea que llevan camino de convertir en benigna la palabra «mafia» aplicada a marginales procedimientos económicos como los desplegados en los Estados Unidos a finales de los años veinte.

Si se quiere otro ejemplo de las ambigüedades que rodean a algunos términos de uso cotidiano, quedémonos con los que identifican a «demócratas» y «ex comunistas». A los ojos de muchos analistas, la venturosa condición de los primeros —muchas veces también ex comunistas— está fuera de duda; se da por descontado, sin ir más lejos, que los nuevos gobernantes de Rumania y de Bulgaria sacarán de inmediato a sus países de la miseria que ha caracterizado su pasado lejano y cercano. El curriculum y las dobleces de los ex comunistas, en cambio, han sido analizados con puntilloso detalle en trabajos que daban por descontado, al parecer, que hay un gigantesco movimiento frenéticamente orientado a reconstruir el pasado. Muchos de los estudiosos que, a menudo con argumentos convincentes, subrayan la inmoralidad de los procesos de reconversión mercantil de la *nomenklatura* de otrora prefieren guardar silencio, en cambio, en lo que se refiere a unas prácticas mafiosas que, omnipresentes, se benefician, por lo visto, de su condición de relativa novedad, esto es, de su vinculación no excesiva con los viejos regímenes y sus aberraciones. Y puestos a reseñar olvidos, no está de más mencionar el que rodea a muchas de las políticas económicas que, postuladas por nuestros gobiernos e insertas en la lógica del Fondo Monetario Internacional, no son precisamente un prodigio de solidaridad.

Si, en lo que atañe al oriente del continente, muchos de los argumentos que se han esgrimido en los últimos años eran rehenes de prejuicios como los mencionados, los prejuicios —o en su caso los olvidos— tampoco han faltado a la hora de analizar lo que ocurría en occidente. Con demasiada frecuencia se ha olvidado, por ejemplo, que entre nosotros las reglas del juego las siguen imponiendo los grandes (véase, si no, el curioso procedimiento arbitrado para decidir quiénes habían de ser los beneficiarios de la ampliación de la OTAN, con los Estados Unidos poco dispuestos a admitir contestación alguna). Por petulancia en el ejercicio de la retó-

rica –los defensores acrílicos de la Unión– o por idealización de un enemigo que se rechaza –sus denostadores acérrimos–, son muchos los que han olvidado, también, que la UE no está para muchos vuelos, inmersa en una competición por recursos escasos en la cual cada Estado defiende obscuramente lo que considera suyo.

Ante la precariedad de nuestros conocimientos con respecto al presente, ante la incertidumbre en lo que atañe al futuro y ante la condición nebulosa de muchos conceptos que poco más han hecho que otorgarnos una falsa confianza, cuando llegue el momento de tomar decisiones sobre una cuestión tan vital como es la de qué debe hacerse con los estados que se consolidaron, o que surgieron, en virtud de la desaparición de la URSS y de su bloque, acaso es preferible escarbar el horizonte de

una fusión mutuamente enriquecedora que dar por descontadas las virtudes de una absorción uniformizadora. Las cosas como están, parece obligado recordar, de cualquier modo, que la apuesta por la primera no será en modo alguno el producto de la inercia o de movimientos espontáneos: tiene que ser, muy al contrario, la consecuencia de un proyecto específico que hoy por hoy no se aprecia, con fuerza, en nuestro continente. Aunque, claro, también estamos en nuestro derecho de preguntarnos si tanto énfasis en Europa no nos priva de los beneficios de una cosmovisión que nos estimule a trascender sus fronteras, sean cuales sean estas últimas. No vaya a ser que olvidemos que Europa, como todas las construcciones políticas, es también un invento, y no precisamente de los geógrafos.